

VIERNES SANTO DE 2021
ACTO PENITENCIAL y de VENERACIÓN PÚBLICA



Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental
de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención
y Nuestra Señora de los Dolores
(Parroquia de San Juan Bautista - MÁLAGA)

La Pontificia Archicofradía Sacramental de los Dolores
celebra en el templo parroquial de San Juan Bautista
ACTO PENITENCIAL y de VENERACIÓN PÚBLICA
en sustitución de la Estación de Penitencia el

VIERNES SANTO

A las 18:00 h dirigido por el
Rvdo. P. D. Fernando Motas Pérez SJ
con el siguiente orden de cultos:

- Rezo del Santo Vía Crucis.
- Meditación de los Dolores de Nuestra Señora.
- Adoración de la Santa Cruz.
- Canto de la Salve.

A.M.G.D. et B.V.M.

2 de abril del año del Señor de 2021

Hermanos:

Un año más, nuestra Archicofradía se dispone a conmemorar la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los Dolores padecidos por su Santísima Madre.

La anómala circunstancia que vivimos, provocada por la pandemia del COVID_19, nos impide efectuar nuestra tradicional y reglamentaria Estación de Penitencia en la Santa Iglesia Catedral en la que, según la norma estatutaria, adoramos a la Santa Cruz como está establecido en la liturgia propia del día. No obstante, nuestro compromiso con la fe que profesamos nos congrega en esta hora, cercana a la que deberían abrirse las puertas del templo para dar paso a nuestro cortejo nazareno, para disponernos -de forma diferente, sí, pero con igual espíritu y devoción- a acompañar a nuestros sagrados titulares en la jornada de Viernes Santo y postrarnos reverentes ante el Santo Madero.

No hay en esta ocasión tronos, ni enseres, ni vestimos las negras túnicas de siempre; ni siquiera los nervios nos visitan. No oiremos el crujido del trono desde el que la Redención, venciendo a la muerte, campea sobre la madera y el bronce; añoraremos el vaivén del palio que cobija a la más hermosa de las madres que, aún llena de Dolores, se nos presenta tierna y amorosa y sentiremos una punzada de nostalgia al comprobar que no estamos todos los que siempre fuimos en un momento como este.

Sin embargo, a pesar de todo aquello que extrañará nuestro carácter penitente, la Archicofradía vuelve a constituirse como un solo cuerpo para honrar a Dios con la oración y poner en sus manos todas sus intenciones, de manera especial aquellas relacionadas con las de sus hermanos y, naturalmente, las de todos los afectados por el coronavirus por cuya solución pedimos principalmente en este acto penitencial.

Encendidos pues los cirios de nuestra voluntad de archicofrades, ahora solo resta, al igual que hiciéramos el pasado año, que se abran las puertas del alma.

Rafael de las Peñas Díaz
Hermano Mayor

REZO DEL SANTO VÍA CRUCIS



V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

“Se llevó aparte a los doce y les dijo: mirad, estamos subiendo a Jerusalén y se va a cumplir todo lo que escribieron los profetas acerca de este Hombre: lo entregarán a los paganos, se burlarán de Él, lo insultarán, le escupirán; después de azotarlo, lo matarán, pero al tercer día resucitará” (Lc 18, 31-33).

La subida a Jerusalén es una opción libre... Desde el comienzo del Vía-Crucis es bueno que nosotros nos coloquemos en esta visión de libertad asumida por Cristo: “El Padre me ama porque doy, mi vida. Nadie me la quita: yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10, 17-18).

La vida toda de Jesús, incluida su muerte, se explica como una decisión generosa al servicio del Padre y de las personas. El amor da sentido a su vida, a su muerte y a su libertad: para quien ama no existe la muerte definitiva, mucho menos el cálculo de ganancias o pérdidas. Se entrega sin reservas.

La muerte de Cristo no fue una fatalidad. Fue una realidad plenamente asumida, ofrecida gratuitamente, como suprema forma de amor y servicio.

El sentido más profundo del Vía-Crucis no ha de ser la compasión, sino el descubrimiento de la generosidad del Padre que nos dio a su Hijo y de la generosidad de Cristo que se entregó por nosotros y con su entrega es causa de salvación para quienes creemos en Él.

Padre nuestro...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

La cruz. Algo increíble. La cruz.... que sigue siendo «una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios», portento de Dios (1 Cor 1,18).

La cruz es una clara subversión de valores. La cruz es la evidencia absoluta de que el orden éste (Jn 12,31), el mundo como estructura de dominio y de poder, basado en el triunfar, avasallar, pisar, consumir..., no vale como salvación.

Salva el amor, la debilidad, la locura de la cruz, como nos dice Pablo: "Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que paganos, un Mesías que es portento de Dios y sabiduría de Dios; porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios más potente que los hombres" (1 Cor 1,22-25).

Locura, debilidad... Adoremos a esta cruz y a este Cristo locura de Dios, debilidad de Dios, salvación de Dios. Pero demos un paso más. Si somos conscientes de que el orden éste (Jn 16,11), está ya condenado, es perverso (Jn 7,7), no salva, ni puede salvar, no promociona, deshumaniza, vamos a comprometernos ante la realidad salvadora de la cruz a construir otro mundo como alternativa: un mundo de libertad y de liberados, de ternura, de diálogo, de amistad, de apertura, de solidaridad, de manos limpias, de pies que no ponen zancadillas, de hombros que se aprietan para apoyarse en la marcha de la paz, de manos que se unen para hacer comunidad...; de creyentes, de hombres y mujeres que hagan del amor la opción definitiva de sus vidas. Del amor, sí, porque es lo radicalmente evangélico y lo de verdad liberador.

Padre nuestro...

III ESTACIÓN. Jesús cae por primera vez

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

El camino de la cruz es pródigo en caídas, tres. La caída es la imagen del abatimiento, de la humillación, del no-poder.

Este Cristo caído es el Cristo que nos toma en serio: "se hizo en todo semejante a nosotros", menos en el pecado (Flp 2, 7). Este Cristo caído es el Cristo lleno, del Espíritu (Lc 4, 1) que superó las tentaciones que le invitaban a no ser «perdedor»: a afirmarse frente a Dios (Lc 4, 3-4), construyendo su vida al margen del Padre y de los hermanos; a elegir el poder como forma de dominar, de explotar y de pisar (Lc 4, 5-8), frente al servicio, la liberación y la dignidad de la persona; a usar de Dios como un artículo de consumo (Lc 4, 9-12), como un juguete en manos del niño caprichoso, como una cosa que podemos usar, tirar y recoger según nuestras conveniencias. Este Cristo que no sucumbió a la tentación de suplantar a Dios, de dominar a la persona y de utilizar a Dios, es el Cristo de nuestras caídas, de nuestros fracasos, de nuestras faltas de esperanza, de nuestras desilusiones, de nuestro mirar hacia abajo, de nuestro cansancio... Ahí está Él, a nuestro lado, caído, como nosotros.

Sí, de este Cristo caído podemos fiarnos plenamente, No es trampa ni cartón. No es utopía, ni lejanía. No es poder, ni engaño, ni propaganda. Es real. Sale a nuestro encuentro en esos momentos en los que nadie nos comprende, en los que nosotros mismos tampoco nos comprendemos...

El Cristo caído, el Cristo cercano, el Cristo que ni siquiera en los momentos de caída nos deja, el Cristo que precisamente en esos momentos está a nuestro lado..., ese Cristo es el que, de verdad, da sentido a nuestra vida cuando nos parece que la vida no tiene sentido; es el Cristo que nunca falla, el Cristo amigo, el Cristo compañero de viaje y de fatiga. El Dios con nosotros (Mt 1, 23), el siervo, el cercano de verdad. El Cristo que se ha quedado con nosotros construyendo la historia y dando sentido a las debilidades y fracasos para que nunca triunfe definitivamente el fracaso, ni sea pisoteado el fracasado, el caído, el débil.

Padre nuestro...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

La tradición cristiana ha adelantado al camino el encuentro de Jesús y su madre que Juan nos relata al final, junto a la Cruz (Jn 19, 25). María junto a la cruz nos da la seguridad de saber que ella recorrió también el camino de la cruz. Así nos la presenta el Concilio Vaticano II: "La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde se mantuvo de pie (Jn 19, 25), se conmovió vehementemente con su Hijo y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma, y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz, con estas palabras: "¡Mujer, he ahí a tu Hijo!" (Jn 19, 26-27)" (LG, 58).

María de pie, María fiel, María la que no abandonó, María la que sale al encuentro, María la que hizo de su vida un ponerse en camino: hacia Belén, hacia la montaña, hacia el destierro, hacia el Calvario... María del encuentro es María que acoge, María la Madre de Jesús y de la Iglesia, María la sierva, no por servilismo, sino por amor; porque creyó, como Jesús, en la grandeza de la persona, del hombre y de la mujer.

Todo esto es María. Toda una manera de ser mujer y cristiana, de estar llena de gracia, de seguir a Cristo, de identificarse con El en el amor, la fidelidad, el encuentro, la acogida, el servicio... María es ejemplo cristiano, la primera cristiana, por eso, porque hizo suyo el Evangelio, lo conservó fielmente en su corazón (Lc 2,51) y lo puso en práctica (Lc 11,28).

María Fiel, María Madre, María del Encuentro, ven nuestro encuentro y camina con nosotros a nuestro lado.

Dios te salve, María...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

La escena de Simón el de Cirene nos la cuentan Mateo Lucas y Marcos. Los evangelistas apuntan que fue obligado, no se ofreció voluntariamente (Mc 15,21): “obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, a que llevara la cruz”. Sin embargo, este gesto de Simón, forzado al principio, debió ser fecundo para impresionar de esta manera a la primera comunidad cristiana, a los evangelistas y a todos los que leemos el Evangelio. La señal evidente de esa fecundidad está en que los dos hijos de Simón debieron ingresar inmediatamente en el grupo de los primeros cristianos porque Marcos nos da sus nombres con toda naturalidad, como si se tratase de dos amigos y conocidos de todos: “Simón de Cirene, el padre de Alejandro y Rufo” (Mc 15,21).

El gesto de Simón fue, al fin, un gesto comprometido, un gesto de generosidad, un gesto profundamente cristiano que sirvió de contagio para seguir a Jesús. Así de sencillo. Simón, que pasaba junto a Jesús, sin más, se quedó hasta el final, se comprometió y ha pasado a ser símbolo del que ayuda, del que colabora, del que sirve y acompaña... Ha pasado a ser un gesto cristiano que nos invita a eso, a seguir, a colaborar, a juntar nuestros hombros con el que sufre, con el que no puede, con el que va cargado, con el que se cae, con el que lo necesita...

Es una sencilla y radical manera de hacer carne propia el Evangelio y el seguimiento de Jesús.

Padre nuestro...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

Esta escena del camino hacia el Calvario no la recoge el Evangelio; pero es una escena limpia, agradable, cargada de contenido que ha recreado la tradición y hemos aceptado los cristianos como algo familiar. Un gesto semejante al anterior: la mujer que ayuda, que colabora en el camino, que se hace prójimo, como en la parábola del Samaritano (Lc 10, 29-37).

Todos recordamos la parábola que se inicia con esta pregunta: "¿Y quién es mi prójimo?". En la respuesta entran varios personajes. Pero la clave está en uno de ellos: "un samaritano que iba de camino llegó junto al herido y al verlo tuvo compasión; y acercándose, vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él".

¿Quién es mi prójimo?: en cristiano no es prójimo el que está próximo, no. Muchas veces estamos al lado del que sufre, del que nos necesita y no nos enteramos, más aún, nos molesta, nos alejamos, damos un rodeo... No, prójimo no es el que está al lado. Tenemos que cambiar los términos y las actitudes, como en la parábola: prójimo es el que se acerca, el que actúa con misericordia, con amor; prójimo es el que ama, el que venda las heridas, el que echa aceite y vino, el que le monta en su propia cabalgadura, en su coche, en el asiento de al lado..., el que cuida de él..., el que pasa la noche a su lado.

No desfondemos el Evangelio, ni lo confundamos con la gramática de la vida. No. Próximo es alguien cercano, amigo. Próximo es toda una forma de ser distinta porque es una manera de amar de verdad, no de estar fríamente al lado, o dar un rodeo, o desentenderse... o justificarse para no hacer nada, para no ayudar...

La Verónica, como prototipo, actuó así, supo estar al lado, cordialmente, detenerse, comprometerse, amar; por eso la tradición cristiana la ha hecho suya.

Padre nuestro...

VII ESTACIÓN. Jesús cae por segunda vez

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

De nuevo Cristo en tierra. Yo siento al Cristo de la segunda caída a nuestro lado, vecino de nuestras casas, de nuestras clínicas, de nuestro barrio... Puede ser muy bien el Cristo que sufre y está presente en nuestros mayores cuando les dejamos recluidos, internados y sufrientes porque nos molestan y nos impiden disfrutar los fines de semana o los días de descanso a los que tenemos derecho..., el Cristo de los ancianos olvidados, solos, tristes...

Cristo de la segunda caída, el Cristo que sufre en las infidelidades, en las mentiras, en la violencia oculta de las familias..., que se ceba en los inocentes, en los niños: esas divisiones y enemistades de los padres que roban ilusiones a manos llenas de sus hijos... Pasión de los niños que son educados sin sentir el amor, haciéndoles incapaces de amar y empujados, por eso, a caer en la droga, la delincuencia, el pasotismo... Pasión de los niños que huyen de sus casas porque son rechazados, incomprendidos o torturados... Pasión y muerte de los niños que mueren sin nacer porque se les mata... Pasión de las madres que son condenadas por atreverse a eso, a ser madres solas ante el rechazo de quienes no se atreven o no quieren declararse padres, y solas, también, ante el vacío de quienes les rodean... Pasión de los padres que sufren, que no saben, que caen, que se quedan en el camino..., desconcertados. Pasión de los jóvenes sin su primer trabajo, quemada su juventud en la pasividad y en la frustración de sentirse inútiles en plena pujanza vital, con toda la ilusión de darse, de construir... Pasión de los parados, padres y madres de familia que sufren el zarpazo del hambre, de la angustia y de la inseguridad de los suyos... Pasión de las víctimas de la violencia, de la guerra, de la emigración e inmigración... Pasión de los encarcelados, de los marginados, de los "mal vistos" por una sociedad injusta y descarnada, por unas comunidades cristianas carentes de amor, descomprometidas con el mensaje y las actitudes de Jesús.

Por todas estas pasiones y caídas reales, vecinas nuestras, acaso nuestras, perdón Señor, a ti que estás caído y nos comprendes. Perdón, Señor, y ayúdanos a levantarnos, ayúdanos a dar la mano a todos los que caen... tal vez empujados por nosotros.

Padre nuestro...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

Este pasaje lo recoge Lucas: "Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por Él..." (Lc 23, 27).

Este grupo podía ser muy bien el formado por mujeres distinguidas de Jerusalén que preparaban brebajes calmantes y se los llevaban a los condenados para hacerles menos dura la agonía.

Jesús no acepta la droga. Cuando le den vino mezclado con mirra lo rechazará (Mc 15, 23). Jesús tampoco acepta la compasión como elemento definitivo y válido. Y en la liturgia de la Pascua nada suena a compasión. La compasión podría llevarnos a ver en Jesús un pobre hombre, un pobre infeliz, un don nadie del que tratan de aprovecharse..., y no. Jesús sabe lo que hace, lo acepta libremente. En Él la pasión y muerte no es consecuencia de debilidad, sino de fidelidad.

No se trata de compasión, sino de conversión. No mixtifiquemos la pasión con tintes de compasión, que puede ser hipocresía enmascarada. No desfondemos la pasión de Cristo con una compasión estéril. Cristo es tajante: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos..., porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?" (Lc 23, 28-31).

A Cristo no se le sigue por compasión, sino por amor, por generosidad, por adhesión a su persona, porque su Reino merece la pena ser construido... porque su seguimiento es liberación, gracia, encuentro personal, diálogo con la Palabra definitiva, encuentro con la comunidad que vive, ama y comparte. Seguir a Jesús es ver la vida con ojos limpios, es fiarse plenamente de que las Bienaventuranzas no son utopía, sino empeño por construir un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21,1).

Padre nuestro...

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

Este camino de la cruz, este acompañar a Cristo caído por tercera vez, nos invita a revisar nuestra manera de construir un mundo donde parece lógico que para que algunos lleguen al final es necesario que otros muchos fracasen, se queden en el camino, tirados. Es el mundo construido sobre la competencia del más fuerte que elimina de manera brutal a los débiles: y aparecen tirados en la cuneta, inservibles, rechazados de un mundo planificado al margen del Evangelio, del amor, del servicio y de la dignidad de la persona.

Cristo de la tercera caída. Cristo de los ilusos, Cristo de los limpios, de los mansos, de los que se comprometen a llevar la paz adelante, de los que quieren construir tu Reino según las Bienaventuranzas y no pueden porque los fuertes, los "competentes", no les dejan, les amordazan, les torturan.

Cristo de la tercera caída, ayúdanos a reconocerte y descubrirte en tus palabras luminosas y en tus rostros encarnados: "tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y en la cárcel y me visitasteis" (Mt 25, 35-36) porque "lo que hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40).

Cristo de la tercera caída, ayuda a todos los que son perseguidos, insultados y calumniados por tu causa: la causa de los pobres, de los débiles, de los limpios, de los pacíficos, de los que trabajan por realizar la justicia con ternura y sin violencia, de los que creen con ilusión en un Reino de Verdad, sin mentira; de luz, sin tinieblas; de Vida, sin muerte; de diálogo, sin monólogos: de alegría, sin rencores; de esperanza, porque la esperanza eres Tú, y el Padre y el Espíritu y la persona, toda persona, como vosotros, que sois personas y nosotros que creemos en las personas.

Padre nuestro...

X ESTACIÓN. Jesús es despojado de sus vestiduras

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

El evangelista Juan da mucha importancia a este acontecimiento que a primera vista parece intrascendente, o de trámite, para la ejecución. En este despojar y repartirse los vestidos ve una profecía cumplida (Jn 19, 23-24).

Los ejecutores de la sentencia se repartían la ropa del reo. En Juan esto deja de ser una anécdota para convertirse en un símbolo cargado de revelación: heredar el manto era heredar el reino y el espíritu. En el Antiguo Testamento hay varios pasajes en que esto se ve con claridad (1 Re 11, 30-31; 1 Sam 15, 27). Las cuatro partes en que se dividen la ropa los soldados significa que la salvación va a extenderse a los cuatro puntos cardinales, a toda la tierra: todos vamos a heredar la salvación.

La posesión del manto significaba también la posesión del espíritu. El profeta Eliseo recibe el espíritu de Elías que lo cubre con su manto (1 Re 19, 20) y le prepara para continuar su misión (2 Re 2, 12-14).

Jesús, en el momento supremo de su vida, es despojado de sus vestidos y, al aceptarlo, nos está dando una prueba más de gratuidad radical. Lo mismo que se quitó el manto para lavar los pies, para servir a los demás hasta el extremo (Jn 13, 4-5, 15), ahora admite que le despojen de todo para darse totalmente, para entregarse, para no reservarse nada.

Este reparto a manos llenas nos hace herederos del Crucificado y del Resucitado que vive en nosotros y en nuestra comunidad por la donación y presencia gratuita de su Espíritu. Todo este derroche de generosidad nos manifiesta claramente que la única manera de hacer comunidad cristiana es darse, entregarse, dejarse llevar por el Espíritu que es Amor...

Padre nuestro....

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

Estamos en la hora suprema. La hora elegida para consumir la fidelidad: el amor al Padre y el amor a los hermanos (Jn 4, 34: 17, 1-3). Es la hora de la generosidad sin límites: "Consciente Jesús de que había llegado su hora, la de pasar de este mundo al Padre, Él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo les demostró su amor hasta el extremo" (Jn 13,1).

La hora del extremo, dar la vida. Este amor hasta extremo se hace tangible en la cruz. La muerte de Cristo en la cruz nos evidencia varios aspectos que es bueno que nosotros meditemos en silencio profundo, admirado agradecido. El amor y la muerte en la cruz afirman una proclamación definitiva de que Dios ha apostado por amor y la generosidad como forma suprema de realización, de liberación y de salvación: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo." (Jn 3,16; Rm 5, 6-8). Y si Dios ha optado por el amor:

El amor de Cristo evidencia que el amor salva, la fraternidad, la justicia, la verdad, el servicio y la Vida son válidos para realizar el designio salvador de Dios y la plenificación de la madurez humana;

Por el contrario, el odio, la violencia, la injusticia, la mentira y el rechazo llevan a la muerte: no salvan, condenan; no redimen, matan; no liberan, esclavizan; no maduran ni plenifican, frustran...

El amor hasta el extremo significa que, a partir de ese Cristo que se da totalmente, que nos da a su Madre, que nos da su Espíritu y nos da su Vida, nosotros ya no podemos poner el límite del amor en nosotros mismos: amar a los demás como yo quisiera ser amado. El yo pequeño egoísta y cerrado, no es cristiano. Ahora el límite del amor es: amar como Él nos amó, es decir, sin límite, hasta el extremo.

La generosidad de Jesús nos impide ir por el mundo con las manos en los bolsillos, ir por el mundo egoístamente, encerrados en nosotros mismos... Creer en el crucificado es abrir los brazos, es abrazar al hermano, es poner la luz en lo alto para que alumbre a todos y no esconderla bajo la mesa (Mt 5,14-16). Creer en el crucificado es entender la vida como don gratuito y como ofrecimiento generoso a compartir con los demás.

Padre nuestro...

(Nos arrodillamos)

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

El camino de la cruz ha llegado a su fin: todo quedó terminado, consumado; por eso, "reclinando la cabeza entregó el Espíritu" (Jn 19, 30).

Ante este Cristo muerto, matado, entregando su Espíritu en manos del Padre, escuchemos estas palabras de Juan: ... "Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo..." (1 Jn 4,8-10). Y también: "podemos amar nosotros porque Él nos amó primero" (1 Jn 4,19).

A ver si nos convencemos de una vez ante este Cristo, don del Padre, que se entregó hasta la muerte; a ver si nos convencemos de que la iniciativa del amor no está en nosotros..., sino en Él, que nos amó primero.

Ser cristiano no es partir de uno mismo, no. Ser cristiano es descubrir, vivir; celebrar y experimentar que Dios nos amó primero, que Él tomó la iniciativa, que Él es Amor...; por eso, sentirse amado es la experiencia más profunda del creyente; por eso, amar, tras esa experiencia, lo es todo: porque Dios es amor, porque somos hechura de amor, porque sabemos que Dios nos ama, porque Dios nos ha dado su Espíritu de amor, porque Dios nos ha dado a su Hijo.

Ahora sí: "Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (1 Jn 4,11). Ahora si descubrimos que tenemos razones para amar, todas las razones, porque previamente hemos sido testigos, somos testigos, de que el amor existe, de que el amor es verdad, de que Dios nos ama, de que a pesar de que nosotros no encontremos razones para amar... esas razones existen; la gran razón es que Dios nos ha amado, a todos, sin excluir a nadie.

Ame esta consumación de la generosidad no tenemos derecho a dudar que el amor existe, que el amor es lo primero, que el amor salva, que amar es creer en la vida, y tomar en serio al otro y hacer todos juntos que la esperanza comience a realizarse aquí porque contagiamos amor.

Padre nuestro...

XIII ESTACIÓN. Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de su madre

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

"Al llegar a Jesús, viendo que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas; en cambio, un soldado le traspasó el costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua. Lo dice un testigo presencial y su testimonio es válido, y ése sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis" (Jn 19, 33-35).

Estas solemnes palabras nos indican la grandeza del significado. Desde ahora, según el evangelista, hay que "mirar al que traspasaron" (Jn 19, 37).

Este es el misterio. Hemos sido salvados desde el fracaso, desde la muerte, desde el costado abierto, desde un Cristo clavado, abofeteado, despreciado, contado entre los malhechores, echado fuera de la ciudad santa para que no la contaminase. Esto no terminamos de creerlo y aceptarlo porque sigue rompiendo todos nuestros esquemas. Decididamente, el estilo de Dios no es nuestro estilo. Y, sin embargo, ésa es la verdad de Dios.

Este Cristo que rompe todos los esquemas de dominio, de triunfo fácil y avasallador..., este Cristo bajado de la cruz como el gran perdedor, el abandonado..., nos está invitando a cambiar radicalmente de mentalidad: "El mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda hágase servidor de todos..., pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22, 26-27).

Triunfar, en cristiano, es ponerse de parte de los perdedores, de los fracasados, de los abofeteados y escupidos, de los solitarios, de los que son pisados y echados fuera...

Amar, en cristiano, es darse, entregarse, partirse el pecho, poner la otra mejilla, amar a los enemigos, perdonar; eso tan difícil, perdonar... Todo lo contrario de pisar, humillar, herir, rechazar, usar, tirar...

Cristo bajado de la cruz, imagen del fracaso absoluto, es la evidencia suprema de que el amor y la salvación se realizan así. Este Cristo, recogido por María y por el pequeño grupo que creyó en Él, va a enseñarnos a construir el mundo de otra manera..., a su manera: la del servicio, la de la entrega.

Señora de la soledad, tú sabes que el dolor es profundo y todo tuyo..., pero no es inútil. Tú tienes en tus manos el grano de trigo que al morir da mucho fruto.

Padre nuestro...

XIV ESTACIÓN. El sepulcro vacío y la resurrección

V/. Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos.

R/. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

MEDITACIÓN

El pasaje de Emaús es uno de los que más plásticamente nos evidencian lo que significa el camino de la Pascua. Dos discípulos tristes, cabizbajos, que lo abandonan todo ante el fracaso de la condena a muerte y de la cruz, vuelven sobre sus pasos gritando: “¡Es verdad: ha resucitado el Señor!” (Lc 24, 34). Le han descubierto en la Palabra, en la fracción del pan, a su lado, en el camino, y vuelven jubilosos al grupo del que habían desertado para unirse de nuevo y celebrar todos juntos la alegría de la Pascua.

Efectivamente, celebrar la Resurrección es celebrar la vida. La resurrección es un don de Dios que permanece entre nosotros en el Resucitado; por eso celebrar la resurrección no es celebrar un acontecimiento pasado, sino actual. Creemos que el Cristo que vivió sigue viviendo, que la resurrección es un acontecimiento siempre actual porque es actual el Resucitado.

A partir de esta experiencia frontal y original, nuestra fe pasa a ser celebración gozosa de la presencia del Señor entre nosotros, pasa a ser celebración de la vida.

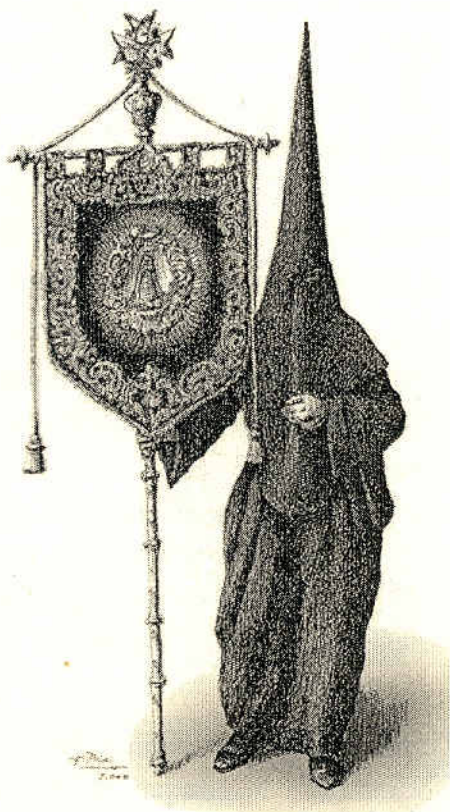
La vida se tiene, se comparte, se goza, se experimenta se comunica, La adhesión a Jesús vivo deja de ser un acontecimiento externo y marginal para ser un acontecimiento central, vital y comprometido.

Jesús sigue bendiciendo el pan, partiéndolo entre nosotros, dándose a sí mismo y siendo el centro de su comunidad. Por eso la resurrección rompe los límites del intimismo y se afirma como celebración comunitaria y celebración que construye la comunidad.

Celebrar la resurrección, y celebrarla comunitariamente, significa una toma de postura clara tanto por la fraternidad como por la vida y la esperanza. Quienes creemos en el Resucitado creemos y celebramos en su resurrección la opción por la vida frente a la muerte; de la inocencia frente a la condena injusta; de la fraternidad frente al odio, la división y el rechazo; de la verdad frente a la mentira; de la luz frente a las tinieblas. Por eso la Pascua es una manera nueva de ver, abrazar y construir el mundo y la historia desde la luz siempre nueva y recién hecha del día supremo de la Resurrección.

Padre nuestro...

MEDITACIÓN DE LOS DOLORES DE
NUESTRA SEÑORA



Estaba de pie junto a la cruz de Jesús su madre...

Probablemente no haya un dolor humano comparable al de una madre que pierde a su hijo, especialmente si es una muerte violenta. Es un dolor que le desgarró el vientre donde lo tuvo alojado nueve meses, un dolor visceral e inconsolable. Es el dolor de María, es el dolor de todas las madres que ven morir prematura y cruelmente al hijo de sus entrañas. Un dolor que, como ningún otro, despierta solidaridad y compasión.

Cuando sufrimos, el dolor tiende a encerrarnos en nosotros mismos, toda la realidad la vemos a través de ese dolor; lo demás pierde importancia. Pero a María el dolor no la aisló, permaneció firme ante el sufrimiento y el dolor del Hijo. En Él estaba centrada, no en sí misma. Le dolía más el dolor del Hijo que el suyo propio.

Algunas de las más bellas representaciones artísticas de la muerte de Jesús, como el Descendimiento de Van der Weyden que está en el museo del Prado, nos presentan a María derrumbada en el suelo por su dolor. Pero no es eso lo que nos dice el Evangelio. María estaba de pie. El dolor no la derrotó, como suele hacer con nosotros. Ella se hizo más fuerte ante su dolor, lo venció sin eliminarlo, lo sufrió permaneciendo dueña de sí misma, señora de su dolor.

Ella estaba allí. "Todos lo abandonaron y huyeron" nos dice el Evangelio. Pero "todos no", la Madre no huyó. No le dio la espalda al dolor, ni huyó de él. Le plantó cara, lo afrontó y así pudo hacerse fuerte y vencerlo. Una tentación muy humana es darle la espalda al dolor, intentar negarlo; pero así es como el

dolor se hace fuerte y nos vence. Ella no se dejó vencer huyendo, ella venció afrontando.

Más de treinta años antes, cuando era apenas una niña, desde una profunda fe dijo "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Ahora junto a la Cruz está viviendo las últimas e inimaginables consecuencias de aquél Sí. Y en medio de la absoluta oscuridad de aquella tragedia le vuelven a sus oídos las palabras del Hijo: "Si el grano de trigo muere da mucho fruto". No las entiende, pero las acepta. Desde la fe encuentra un sentido en el sinsentido de aquel tormento. Y desde su dolor que le destroza su vientre se reafirma como esclava del Señor que acepta sin comprender que se haga todo según la Palabra del Señor.

"Eia Mater fons amoris, me sentire vim doloris, fac ut tecum lugeam". Señora nuestra de Los Dolores haznos vivir el dolor como Tú lo viviste, haznos llorar contigo, o mejor, enséñanos a llorar nuestro dolor como Tú lloraste el tuyo: firme, afrontando, solidaria y con fe.

Dios te salve, María...

ADORACIÓN DE LA SANTA CRUZ



(Lo recitamos todos)

- Dulce Jesús que nos redimes, queremos poner a tus pies nuestra fragilidad y nuestros dones, nuestras miserias y nuestras ilusiones, nuestros desatinos y nuestros aciertos.

- Dulce Jesús que nos redimes, queremos poner a tus pies las personas de nuestras familias y de nuestra Hermandad que sufren la enfermedad, el desaliento y la frustración.

- Dulce Jesús que nos redimes, queremos poner a tus pies a todas las personas que sufren a nuestro alrededor, todas tienen nombre y rostro, aunque a veces nos olvidamos de ello o son ninguneadas por la sociedad que entre todos hemos formado.

- Dulce Jesús que nos redimes, queremos poner a tus pies nuestro planeta, la casa común que se nos entregó como don y que no logramos cuidar para gozarla y vivir todos en ella en armonía.

- Dulce Jesús que nos redimes, ponemos en tus manos a todas las personas y asociaciones que intentan ayudar a los demás en su caminar cotidiano, a todos los voluntarios y voluntarias que entregan su tiempo y sus conocimientos al servicio del que los necesita, a los trabajadores de los servicios esenciales que se dejan la vida en la profesionalidad y la ternura de lo que hacen por los demás, a "los santos de la puerta de al lado" que en la discreción y el silencio dan un poco de tranquilidad a los sufrimientos ajenos.

- Ponemos en tus manos, Dulce Jesús de la Redención, a todos tus hijos y a todas tus hijas, en cualquier lugar del mundo, porque somos todos hermanos y hermanas.

V/. **Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.**

R/. Venid a adorarlo.

Todos vamos, en procesión, ordenadamente y por parejas, guardando la distancia de seguridad, a venerar la Cruz personalmente - realizando una inclinación profunda- y santiguándonos.

Accedemos por la nave central y volvemos a ocupar nuestros asientos por las naves laterales.

CANTO DE LA SALVE



Salve, Regina, mater misericordiae
Vita dulcedo et spes nostra, salve.
Ad te clamamus exsules filii Hevae.
Ad te suspiramus, gementes et flentes
In hac lacrimarum valle

Eia, ergo, advocata nostra,
illos tuos Misericordes oculos ad nos converte.
Et Iesum, benedictum fructum ventris tui,
Nobis post hoc exilium Ostende.

O clemens
O pia
O dulcis Virgo Maria

Capilla musical "Nuestra Señora de los Dolores"

Repertorio:

Antes de iniciar el Rezo del Vía-Crucis:

Saeta al Santísimo Cristo de la Redención (M. Gámez)

Previamente a la Meditación de los Dolores:

Stabat Mater (M. Gámez)

Adoración a la Cruz:

Silencio Penitencial (Santiago Otero)

Por la calle de San Juan (Francisco J. López)

Componentes:

Flauta: Ignacio Sedeño.

Oboe: Irene Bazalo.

Clarinete: Marta Fitzsimons.

Fagot: Ernesto Campos.



Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental
de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención
y Nuestra Señora de los Dolores
(Parroquia de San Juan Bautista - MÁLAGA)